EL ALBUM DE LA MUJER

ILUSTRACIÓN HISPANO-AMERICANA.

DIRECTORA, CONCEPCIÓN GIMENO DE FLAQUER

PRECIO DE SUSCRICION.

En México.....$ 3 00 trimestre adelantado.
En los Estados..... 4 50 " "
En las Repúblicas del Sur y Centro América..... 9 00 semestre adelantado.
En Europa los agentes fijarán los precios.

Números atrasados, 50 centavos.

AÑO V.—TOMO VIII.—NÚM. 21

MÉXICO, 22 DE MAYO DE 1887.

DIRECCION Y ADMINISTRACION,
Calle Amor de Dios número 7

CONDICIONES DE LA SUSCRICION.

El Album de la Mujer se publica todos los domingos, resultando á veces cinco números mensuales, dándose además como suplemento á los suscritores, con cada número,
Un periódico mercantil y de noticias.
La suscrición es por trimestre ó semestre.

Apartado en el Correo núm. 604.

BLANCA LLISO Y MARTINEZ, Compositora de Música

UNA MUJER EN EL ATENEO.

La ilustre, la erudita, la eminente escritora Emilia Pardo Bazán, honra de las letras patrias y orgullo de Galicia, ha escalado la gloriosa tribuna del Ateneo de Madrid, donde han resonado las elocuentes frases de tantos oradores, filósofos y poetas. La lectura que ha dado en ese importante Centro la inspirada gallega, tiene alta significación social; esa lectura representa que el progreso es en España una verdad. Durante muchos siglos se ha estado discutiendo si la mujer debía ó no asociarse al hombre en las tareas intelectuales. Cábele á nuestra época la gloria de haber otorgado á la mujer el mayor número de prerrogativas, franqueándole las puertas de las Universidades para que se redima de la esclavitud de la ignorancia.

En España no han faltado nunca mujeres estudiosas, pero se recataban tímidamente en la sombra, huyendo de las sátiras de los oscurantistas; desde hoy la mujer, amante del saber, ocupará el puesto que debe ocupar, y no temerá á sus retrógrados detractores, porque el Ateneo de Madrid acaba de sancionar con la admisión de la Pardo Bazán, el tipo de la mujer ilustrada.

¡Loor al Ateneo!

La luz ha partido de donde debía partir, de la más brillante de las corporaciones españolas.

El Ateneo, ofreciendo la tribuna á una mujer, ha dado un testimonio de cortesía que todas las naciones aplaudirán.

El Ateneo viene á recordar que no acaba en la patria del Cid el legendario tipo del hidalgo, del galante, del caballeroso español.

La distinción otorgada por el Ateneo á la mujer, ha recaido en una escritora que la merece. Emilia Pardo Bazán es uno de los primeros talentos de nuestros dias; su nombre ha de figurar dignamente entre los muy eximios de Jorge Sand, Gertrudis Avellaneda y Madame Staël.

Emilia Pardo Bazán se distingue por la alteza y vigor del pensamiento, y por la corrección del estilo. Erudita y amena, sus libros son tan instructivos como cautivadores.

La lectura que acaba de dar Emilia Pardo Bazán en el Ateneo, es la primera parte de un libro que publicará en breve y que se titula *La revolución y la novela en Rusia.*

Cuantos escucharon esta lectura quedaron encantados del ingenio, la gracia, la verdad, el colorido que la ilustre literata sabe prestar á sus descripciones. La distinguida novelista presentó con tan gran riqueza de datos la triste condición de la mujer rusa, que logró conmover á su ilustrado y aristocrático auditorio. El carácter de la raza eslava fué presentado magistralmente por la erudita autora de *Cuestión Palpitante.*

Emilia Pardo Bazán lee muy bien, sin esfuerzo alguno, con gran naturalidad; su voz, de variadas inflexiones, es dulce y potente.

Emilia pertenece á la nobleza; la figura de Emilia es agradable y distinguida; su blanca tez está sombreada por un hermoso cabello negro; sus ojos tienen luz, sus torneadas formas belleza escultórica.

Agregad á ésto un trato fino y ameno, una conversación chispeante, sin alardes de sabiduría, una elegancia innata y unas maneras perfectas, y os formareis idea de lo bien dotada que ha sido por el Creador.

La presencia de Emilia en el Ateneo es un triunfo para nuestro sexo, y sólo podrán censurarla los hombres que por no poseer su talla intelectual, se vean en ridículo ante ella, ó las mujeres vulgares dominadas por la innoble pasión de la envidia.

¡Gloria á la ilustre Emilia Pardo Bazán!

¡Aplauso al Ateneo de Madrid, á ese Capitolio donde están llamados á rivalizar Píndaros y Corinas!

La Directora.

BLANCA LLISÓ Y MARTÍNEZ.

Hoy *El Album de la Mujer* engalana sus páginas con el retrato de una joven, casi niña, cuyas precoces disposiciones para la música le han conquistado ya honroso lugar en la culta y artística España.

Blanca Llisó nació en Madrid el 23 de Enero de 1869 y en el seno de una distinguida familia, que desde muy temprano puso particular empeño en cultivar el talento musical que descollaba en nuestra biografiada. Tal vez no estamos en lo cierto llamando biografía á estos breves apuntes, escritos á vuela pluma, pues la joven que nos ocupa tiene tan pocos años, que su carrera artística está apenas empezada, á pesar de tocar sus estudios más allá de los confines donde se detienen fatigadas las vulgaridades y aun las medianías. Consignaremos con gusto sus especiales disposiciones para la composición, y al abarcar en rápida ojeada sus brillantes estudios, que se han visto siempre, particularmente en los más infantiles años, combatidos por una naturaleza enfermiza y delicada, diremos que tuvo como profesor de solfeo, además de su excelente é ilustrada madre, el conocido maestro Sr. Pinilla, alcanzando por unanimidad el primer premio de esta clase en públicos exámenes el año de 1879. También el Conservatorio Nacional de Música y Declamación adjudicó á Blanca Llisó los primeros premios de piano y armonía, recompensando así nuestra joven artista los constantes desvelos del insigne maestro de piano Sr. Zabalza, y los de su distinguido profesor de armonía Sr. Aranguren, los cuales consideran á nuestra biografiada como una de sus más inteligentes y aprovechadas alumnas.

Contaría apenas Blanca trece años de edad cuando publicó su primera composición musical, editándola la conocida casa Romero con lisonjero éxito. Después han sido sucesivamente editores de las obras musicales de Blanca, Saco del Valle, Romero y Zozaya, obteniendo cada vez la joven compositora merecidísimos elogios de la prensa y del público inteligente.

En unos ejercicios públicos que celebró nuestro Conservatorio en 1883, quiso el ilustre Zabalza que se pudieran apreciar las excepcionales dotes de nuestra joven pianista, tocando ésta con sorprendente maestría la *Gran Rapsodia de Listz* y obteniendo del concurso una entusiasta ovación.

La infanta Dª Isabel, cuyos conocimientos artísticos son de todos conocidos, tuvo ocasión de oir tocar en la *Exposición de Escritores y de Artistas,* á Blanca Llisó, interesándose vivamente por ella, dirigiéndola merecidos elogios y rogándola repitiera una notable pieza al piano, que oyó con singular complacencia.

Actualmente la prensa española tributa merecidísimos aplausos á Blanca, á causa de la reciente publicación de una preciosa *Romanza sin palabras,* para piano, que edita la casa Romero, y aprovechamos esta favorable coyuntura para dar á conocer la joven y simpática compositora á las damas mexicanas, acariciando la fundada esperanza de que Blanca Llisó, desarrollando hasta su grado máximo las excepcionales facultades que la adornan, llegará en dia no lejano á ser una de las glorias más legítimas de su sexo.

En la personalidad de Blanca Llisó no sólo resalta la pianista distinguida y la inspirada compositora; concurre en ella principalmente la mujer con todas sus ternuras y delicadezas, siendo buena prueba de lo que decimos el concierto que diera en el círculo *Unión Fabril,* á beneficio de las familias perjudicadas con los terremotos de Andalucía.

Animada siempre Blanca por su creciente amor al estudio, emplea el hermoso tiempo de la juventud cultivando con admirable perseverancia sus notables disposiciones musicales. Actualmente estudia el contrapunto y la fuga, y si la *Sociedad Unión Artístico Musical* organiza sus conciertos, la distinguida pianista está comprometida á tomar parte en ellos, justa distinción otorgada á su mérito.

Lo repetimos, diferentes veces la prensa española se ha ocupado de Blanca Llisó presagiándole un brillante porvenir, y por su parte *El Álbum de la Mujer,* publicación exclusivamente consagrada al enaltecimiento del sexo femenino, se complace en rendir justo tributo de admiración á la joven compositora, á quien el arte musical español considera como una bella esperanza de futuras glorias.

Madrid, 1887. Josefa Pujol de Collado.

LA SOMBRA DE LAS NUBES.

Quién, mirando para el limpio azul del cielo, no ha seguido muchas veces las nubes que se deslizan por él? Ya es una nube de color de oro ó de púrpura que circuye al Sol en su magnífico ocaso; ya es una nube blanca como la espuma de los mares, que brilla deslumbrante al medio dia; ya es una nube soberbia que se extiende por casi todo el horizonte ostentando los matices más bellos y suaves. El corazón se conmueve siempre entonces: nos perdemos con ella en el espacio, y mágicos devaneos suceden á la tristeza que nos había impulsado á buscar en el cielo el bálsamo que no hallábamos en la tierra.

Y si contemplais las nubes en una noche de luna espléndida, ¿qué sentís? En esa hora está callada casi toda la naturaleza, y sólo se oye el murmullo de los ríos, el canto de los pájaros nocturnos y el viento que suspira entre las hojas de los árboles. Amais sin duda á un amigo, á vuestras hermanas, á vuestra madre, á una mujer quizás cuya voz os extasía y cuyas miradas os siguen por todas partes. Adorais la tierra en donde nacísteis, quereis á sus hijos con idolatría, pensais dia y noche en su porvenir, reís con sus progresos y sollozais con sus calamidades. Vuestra conciencia os acusa de esta ó aquella debilidad, pero ninguna bajeza, ningún oprobio, ninguna mancha cubre vuestra frente. De vez en cuando ¡oh egregia naturaleza humana! meditais deliciosamente en cosas sublimes que á vuestro lado no existen, creeis en santas felicidades, oís palabras arrobadoras, y el deliquio os arranca un río de dulcísimas lágrimas. Si una alma abrigais así, contemplad el cielo, salpicado de albas nubecillas, en una noche de Luna. Observad las fantásticas formas que van sucesivamente tomando, ved cómo pasan sobre las estrellas y los luceros, y cómo á ocasiones cubren con trasparente encaje la amorosa faz de la Luna. Seguidlas en su lento ó rápido curso, advertid cuántas veces se unen ó se separan, y reparad la tristeza que experimentais cada vez que alguna nubecilla se esconde en el lejano horizonte. Dios mio! Dios mio! si yo dijera todo lo que he sentido mirando las nubes en las noches de Luna.

Pero os hallais por ventura en los campos iluminados por el Sol. Debajo de un árbol el aura acaricia vuestras sienes; mil sonidos indefinibles y dulces os llegan al alma; los insectos zumban á vuestro derredor; oís el arrullo de las tojosas en el matorral. Las pencas de las palmas se estremecen con el viento, y escuchais los sones que ningún hombre ha podido imitar. Veis el agua de la laguna resplandecer con el Sol. Sobre vuestra cabeza vuela un pájaro de extraño y luciente plumaje. Al soplo de la brisa sentís caer las hojas secas. Aquí se extiende un llano, allá se levantan varias lomas de graciosa ondulación. Los árboles y las yerbas están verdes. Aspirais el aroma de los campos. Mirais para el soberbio palmar y palpitais de júbilo sacrosanto. Sois muy felices sin duda en tales momentos; pero reparad en que á ocasiones aquella selva que admirábais, aquel bosquecillo, aquellas lomas, aquellas yerbas, aquel camino, se oscurecen de repente por un breve espacio para volver de nuevo á ser inundados por la luz del Sol. Es la sombra fugaz de las nubes que corren por el cielo. Alborozados contemplábais los campos de vuestra patria: nada triste os pasaba por la imaginación; la rauda sombra de las nubes os ha estremecido, sin embargo, y aunque ignorando el motivo suspirais. ¿Por qué? ¿Acaso recordais las horas amargas de vuestra vida, ó, acaso, pensando en el porvenir incierto, os asaltan tristes presentimientos? ¡Las sombras de las nubes!

Si alguna vez la joven bella á quien este Album pertenece, contemplare extasiada los campos cubanos alumbrados por el Sol, sus miradas seguirán sin duda con anhelo la sombra de las nubes. Quizás dirá en elevada conmoción: mi patria tiene palmares; en mi patria suavizan los ardores del Sol las refrigerantes brisas; en mi patria se da maravillosamente la caña; nada iguala al tabaco de mi patria; las tierras de mi patria están vírgenes todavía; mi patria está ceñida del mar por todas partes, mi patria está surcada por innumerables riachuelos; la inteligencia de los hijos de mi patria es perspícua y su corazón no es naturalmente degradado; mi patria goza de una situación admirable; mi patria es joven aún, las esperanzas la animan, las ilusiones le sonríen; la Luna de mi patria y el Sol de mi patria son envidiados por otros muchos países. Las nubes, sin embargo, al pasar, estampan en los valles y en las lomas su fantástica sombra. ¿Qué significa esta sombra? ¿Por qué corre sobre los dilatados cañaverales que ondulan á merced de los vientos y sobre los cafetos cargados de azahar?

A. Suárez y Romero.

LEYENDO EL QUIJOTE.

Inmortal, estruendosa carcajada,
Pero sin mezcla de sarcasmo en ella,
Porque sólo se encuentra allí marcada
De ingenuidad la gárrula centella.

El candoroso manco de Lepanto,
Cautivo de los moros, con frecuencia
Padeció desconsuelos y quebranto,
Pero no de ponzoña en la conciencia.

¿Ni para qué acentuar la acerba nota,
Si de todo el dolor triunfa lo mismo,
Y tanto sufre el Rey como el ilota
Por ser la cumbre vértigo y abismo?

Nada se halla en la vívida paleta
De Cervantes, vulgar, ni transitorio;
Por eso el tiempo su labor respeta
Como á todo lo eterno y meritorio.

Amor á imponderables Dulcineas
¿No es el trasunto del amor perfecto
Que sólo en sideral rumbo de ideas
Puede lograr inagotable efecto?

Es risa insustancial, impertinente
La que á veces arranca ese delirio,
Que Psiquis misma al encarnarse siente
Con placer que se aguza en el martirio.

La dicha que se goza en esperanza
Y que á todos halaga de continuo,
Será quizás el fiel de la balanza
Que al hombre dió nivelador divino.

De Momo no es posible bufo gesto
Cuando en la carcajada hay amargura,
Como néctar no ofrece el turbio resto
De la copa que el ebrio labio apura.

Ni hay sincera emoción en la alegría
De esos mitos y zambras y cantares;
Que es aquello escozor de fantasía
De quien tuvo escozores á millares.

Cuando nos hiere inesperada aguja
Extraña contorsión al rostro asoma,
Y lo que el alma entonce allí dibuja
A veces de sonrisa el perfil toma.

Largo tiempo creyóse era el Manchego
Vapulación de andantes aventuras,
Ceniza helada para el fatuo fuego
De fantásticos sueños y locuras.

Mas ¿cómo de Amadís rëir pudiera
Quien de lo grande inspiración anida;
Ni propinar sarcasmo á la quimera
De quien quiso encontrar lo bello en vida?

¿Ni quién puede decir dónde termina
De la razón creadora el Paraíso;
En dónde el lampo de su luz divina
Comienza á devorar ó es indeciso?

Obras de valerosos paladines
Eran á veces de sin par grandeza,
Del ideal rayando en los confines
Donde la luz indeficiente empieza.

Natura en apariencia desiguala:
Hace al uno Goliat, á otro pigmeo,
Del Parnaso á los unos presta el ala
Y á otros sumerge en el vulgar deseo.

Quita á las veces á inocente niño
El calor maternal que lo animaba,
Del esposo á la esposa el fiel cariño
Que protección á su flaqueza daba.

Surgen apasionados caballeros
— Con sus yelmos, lorigas y bridones —
Y del lado del débil sus aceros
Ponen para escarmiento de felones.

Por su Dios y los ojos de su dama,
Por Religión y Amor, todo lo emprenden,
Y ellos ardiendo en esa doble llama,
Luz de justicia en hosca noche encienden.

Son milicia de Dios, pues Dios la inspira
En contra la fealdad del egoísmo,
En contra el dolo, el crimen, la mentira,
De punta en blanco armando el idealismo.

No fué no, con la risa volteriana
Que el libro de Cervantes tuvo empeño,
Sino con sed de artista que se afana
Por dar vivo contorno á su diseño.

No hay en Sancho juglar, bufón, payaso,
Sino de vida real burdo relieve,
Franco decir de ceremonia escaso
Que el instinto común colora y mueve.

¿Qué importa que arda Troya y cante Homero?
Que se inmole en Termópilas Leonidas?
Ni del Cid — de la Cruz el gran guerrero —
Las hazañas en bronces esculpidas?

¿Qué valen la abstinencia, ni el cilicio,
La oscura soledad, noches en vela,
En busca de lo ignoto el sacrificio
De aquellos que el polar invierno hiela?

¿La recompensa? - Dónde? - Cómo? - Cuándo?
¿La de Colón en hierros y mendigo?
¿La de Balboa el cuello al sayón dando
Con el Mar que descubre por testigo?

Espejismos que engañan á profanos
Son esas pavorosas decepciones:
El hombre en sus momentos soberanos
Ata siempre del Bien los eslabones.

Debajo la ilusión de impura arcilla,
Debajo del Histrión y la Bacante,
Debe de haber oculta maravilla
Que ofrece á la Verdad cumbre radiante.

Siempre del Héroe la robusta raza
Prole produce cuando el tiempo llega,
Y á despecho de olvido y de mordaza
Laurel de gloria el inspirado siega.

República de Colombia. Rafael Núñez.

CARACAS.

Al apreciado amigo D. Manuel María Fernández.

Emperatriz del Guaire!
Que tienes por dosel rica verdura,
Y llevas al desgaire....
El cendal de tu hermosa vestidura
La fama proverbial de tu cultura.

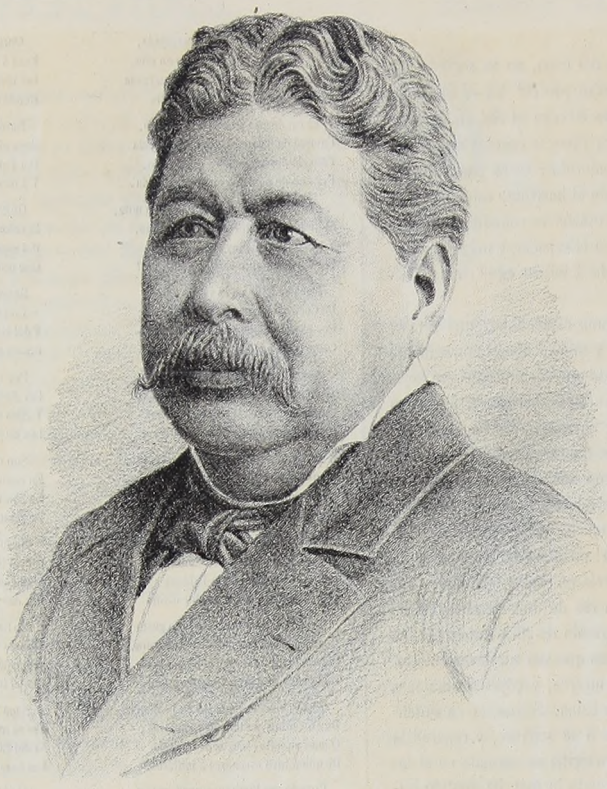
Simpática Amazona!
Sentada al pie del Avila eminente,
Con el áurea corona
Que ciñes con orgullo en tu alba frente,
Bajo un velo de gloria tan nitente.

¿No basta á tu guirnalda
Ser la cuna de célebres varones,
Y con brillante gualda
El escudo ostentar de tus blasones,
El lábaro triunfal de tus pendones?

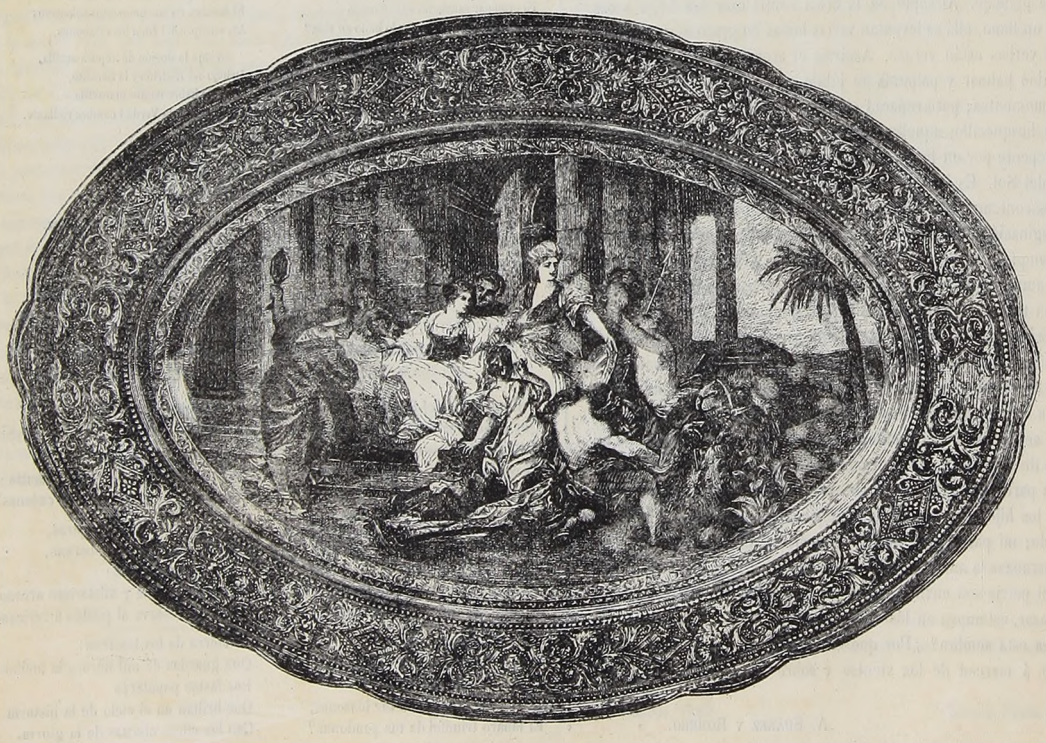
¿No basta á tu renombre
Que te comparen con la culta Atenas,
Ser la cuna del hombre
Que en gloriosas y olímpicas faenas
Rompió de la ignorancia las cadenas?

Tú quieres más, tú aspiras,
Al cetro de Minerva soberano,
Y con sonantes liras
Cantar el grande y misterioso arcano
Que Dios reserva al pueblo americano.

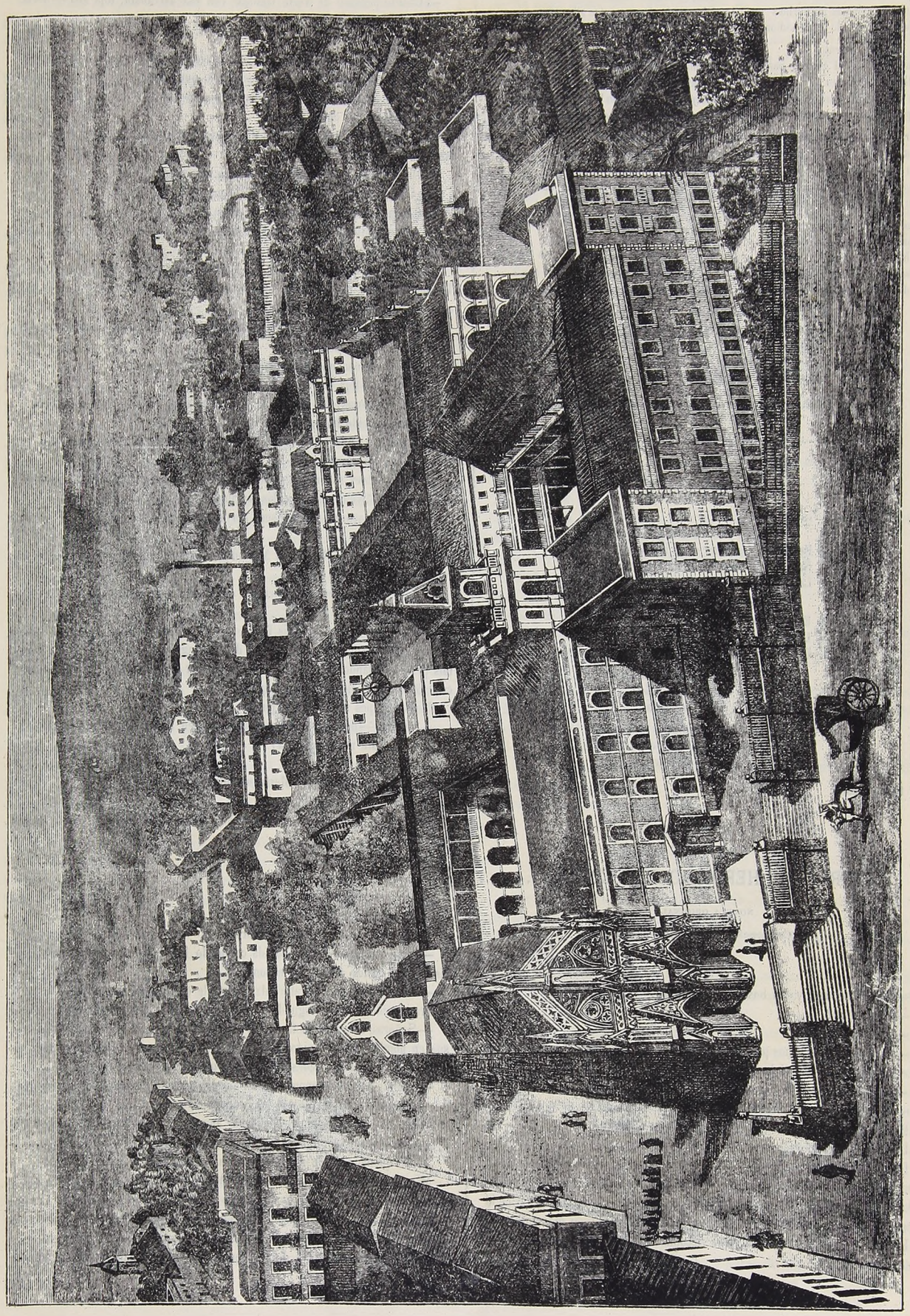
Tierra de los bucares!
Que guardas de mil héroes la memoria,
Los fastos populares
Que brillan en el cielo de la historia
Con las cifras eternas de la gloria.



GRAL. JOSÉ MARIA RAMIREZ, Gobernador del Estado de Chiapas



BANDEJA ANTIGUA DE PORCELANA



ISLA DE CUBA.—ESCUELAS PIAS DE GUANABACOA

Con tu sandalia pisas
Las ondas del Anauco cristalinas,
Y alegres é indecisas
Se ven las mariposas purpurinas
La clámide bordando á tus ondinas.

De Fulton el invento
Por las cumbres del Ande se pasea,
Sus flámulas al viento
Y sus wagones con la luz febea
Van pregonando la inmortal idea!

Perpetua primavera
Ostenta por doquier tu flor hermosa,
Y con blanca cimera
Caracas la gentil! la diva diosa
En su lecho nupcial de nardo y rosa.

Floresta de jazmines,
De magnolias, de rosas y claveles,
Que lucen en festines,
Y prestan su color á los pinceles
Que dió vida inmortal á Praxiteles.

Y el néctar de los cielos
En copas de diamantes buriladas,
Cual la flotante Delos,
Ofreciendo el amor entre alboradas,
Risueñas, pintorescas, encantadas.

Allí bellos paisajes
El mármol prodigado en la alquería,
Y entre varios celajes
Corre el «Anauco» en la arboleda umbría,
Rica de mies, de flores y ambrosía.

Allá el marfil, el oro,
La cornisa corintia, el arquitrabe,
El banco y su tesoro
O el panteón con su imponente nave
Al progreso común dando la clave.

La animación constante,
La pompa y magestad del Ateneo,
La estatua del Gigante!
De nuestro poderoso Prometeo,
Más grande que el Aquiles de Peleo.

El bardo que te canta
Asociando su nombre con tu gloria,
Su sacra voz levanta,
Y deja bajo el cielo de la historia
Este humilde recuerdo á tu memoria.

Maracaibo, 1887. J. A. Lossada Piñeirez.

AL GENIO.

Todo muere y sucumbe al golpe rudo
Del tiempo destructor en su ira insana;
Nace hoy un sér y déjale mañana
Legándole á la tierra frio y mudo.

Sólo del *Genio*, centelleante escudo
Es la *inmortalidad*; para él, es vana
La espada prepotente y sobrehumana,
Que el tiempo emplea en descargar sañuda.

¡Genio, inmortalidad! graba la historia
Con elocuencia en caracteres fieles
Para brillante y eternal memoria.....

¡Quién pudiera albergarse en tus doseles!
Si al talento reservas tanta gloria.....
¡No ceñirán mi frente sus laureles!....

España, 1887. Antonio García Llansó.

VICTORINA Ó HEROÍSMO DEL CORAZÓN.

NOVELA ORIGINAL

de Concepción Gimeno de Flaquer

(Continuación.)

—Espérame, que voy á buscar mi sombrero.

—¿Para qué?

—Para acompañarte.

—Qué tontería. Hemos pasado la noche hablando; puedes dormir hasta las once y luego marcharte á la redacción. Yo dormiré en el tren como un lirón.

—Yo quisiera ir á la estación.

—Repito que no lo consiento.

Hoy te toca obedecer, otro dia gobernarás en absoluto.

Un abrazo y conclusión.

Dí á Victorina que te he rogado te despidieras en mi nombre, que hacía tiempo pensaba hacer una excursión á Granada, y que no teniendo dia prefijado, he marchado con un amigo que vino á despedirse de mí y á instarme le acompañara á mi país. La dices que me he decidido á último momento.

Los dos amigos se abrazaron, y el vizconde se marchó rápidamente con su maleta en la mano.

VII

—Cuánto padezco de verte trabajar con esa asiduidad, hija mía—decía doña María á su hija Cándida.

—Me distrae, mamá.

—Eres un ángel, y tu bondad te hace decir ésto por no agravar mis penas.

—Te aseguro que encuentro placer en lo que hago.

—Dios te bendiga. ¡Eres una buena hija!

—Y tú la mejor de las madres.

—Si sólo trabajaras durante el dia, menos mal; pero eso de trabajar con luz artificial debe ser muy nocivo.

—Dios me protege y cada dia disfruto más salud.

—¿Cuánto te falta para acabar esa camisa?

—Los pespuntes de la pechera y armarla.

—¡Cuán inútil soy! Ni un dobladillo puedo hacer para ayudarte. No sirvo para nada.

—Mamá, no digas eso; eres tanto para mí que nadie puede reemplazarte. Tú me consuelas, me aconsejas, me fortaleces. Te debo dos vidas, pues la del alma me la sostienes tú.

—¡Dios te premiará! Las frases amorosas que me diriges son un bálsamo á mis penas, amada hija.

—¡Si vieras con qué poco podría yo ser feliz!

—¿Con qué, hija mia?

—Con dos cosas; dos cosas me bastan; tu salud y la presencia de Mario.

—¿Has recibido hoy carta de él?

—No, mamá; hace ocho días que la espero. Si supiera él lo que sufro, se apresuraría á escribirme.

—Los hombres son muy egoístas: ¿qué les importa la tristeza de una mujer si ellos se divierten? ¿Qué las lágrimas y suspiros, si gozan ellos?

—Cuando Mario no escribe será por alguna gran ocupación ó tal vez por estar enfermo.

—Los jóvenes se olvidan en Madrid de la mujer que queda anhelando el regreso de ellos.

—¡Oh, Mario no es así; Mario se casará conmigo, me lo dice todos los dias una voz íntima!

—¡Ojalá no se realicen mis funestos presentimientos!

—Cuando rezo á Nuestra Señora de las Angustias, cuando ofrezco á Dios mis penas y cuando miro al cielo, me parece ver en las nubes una radiante inscripción que me dice: *Cree y espera.*

Fuertes golpes sonaron á la puerta.

—Señoras—decía Marta apurada;—¿quién llama en nuestra casa tan tarde y con esta noche tan fría?

—Pregunta y lo sabrás.

Los golpes se repitieron. Marta se asomó á una ventana.

—¿Quién es?—preguntó.

—Servidor—respondió una voz suave y fina.—¿Vive aquí la señora viuda de Santafé?

—Sí señor.

—Necesito verla.

—¿Quién es usted?

—Un amigo íntimo de Mario Alcaraz.

—Que suba,—exclamó doña María.

—Abre pronto,—decía Cándida corriendo hacia la escalera y derribando las sillas y cuanto á su paso encontraba.

—Niña, entra, no seas aturdida; Marta le conducirá hasta aquí.

Trascurridos algunos segundos, Alberto se presentó todavía en traje de viaje.

—Señoras, tengo el gusto de ser portador de esta carta y hacerles una visita en nombre de mi amigo Mario. Yo vengo á conocer Granada y traigo el encargo de visitar á ustedes diariamente mientras permanezca aquí.

—Cuente desde este momento con nuestra amistad y nuestra pobre vivienda.

—Gracias, señoras; estoy á las órdenes de ustedes.

—En esta carta, señor vizconde, me anuncia la visita de usted, pero no me dice el motivo de su prolongado silencio.

—He quedado yo en el encargo de hacérselo saber á usted, señorita.

Mi amigo se halla bastante enfermo desde hace algún tiempo; lo ha ocultado á ustedes mientras ha podido, pero en la actualidad no es fácil. Los facultativos le han prohibido escribir; nadie sabe lo que tiene en los ojos, pero es lo cierto que apenas distingue los objetos. Es tanto que, á pesar de quererle mucho los directores de la prensa periódica, le han quitado el sueldo

porque no podía encargarse de redactar la plana que le estaba confiada.

—¡Lástima de porvenir!

—¡Lástima de ojos!—exclamó Cándida mirando á su madre con enfado, porque se había lamentado de la pérdida del porvenir de Mario y no de sus males.

—¡Resignación, señorita! Tenga usted valor para todo lo que sobrevenga. El destino cuando empieza á azotar no se cansa fácilmente. Enjugue usted esas lágrimas ardientes que podrían marchitar su belleza. Usted vale mucho; deje rodar las cosas.

Cándida no veía segunda intención en estas palabras; le parecía que el vizconde se las dirigía para consolarla.

—¡Qué fatal es mi sino! ¡Pobre Mario! ¡Qué afligido estará!

¡Oh, quisiera padecer los más agudos dolores y que no sufriera él!

Dispénseme usted, señor vizconde; déjeme dar rienda suelta al llanto, pues me ahogo.

—Señorita, no se prive usted de ninguna de las expansiones que necesite. Yo quiero que me traten ustedes cual si nos conociéramos desde tiempo inmemorial.

—Hija mía, acata la voluntad del Omnipotente. La religión católica que tus padres te han enseñado, podrá auxiliarte. ¡Confía en Dios! Nunca desampara al que de veras le invoca.

—No dé usted cabida en su alma á la desesperación, señorita. Sería lástima que la mano del pesar marchitara los encantos de su rostro. Es usted joven; tiene abierto un espléndido porvenir; no se arroje en la sima del dolor.

—¡Porvenir! ¡Yo no tengo ni quiero otro porvenir que Mario! Sufriré sus calamidades, sus vicisitudes, sus infortunios por duros que sean, y procuraré hacérselos más débiles con mi amor. Feliz ó desgraciado, alegre ó triste, le amaré.

Alberto comprendió que en aquellos momentos no conseguiría lo que intentaba por estar demasiado fresca la herida, y se levantó para marchar.

—Señoras, dejo á ustedes, porque en mi presencia se están violentando al contener sus ayes. Mañana volveré.

—Ya sabe usted que le incluimos en el número de nuestros amigos.

—Gracias, doña María.

—No dude usted de mi verdadero afecto; aunque usted no me fuera tan simpático, el ser amigo de Mario es muy suficiente para inspirarme un gran aprecio.

—Es usted muy buena, señorita.

—Mi hija dice lo que siente, puede usted creerla; pues no conoce la farsa social.

—Ese es un atractivo más para captarse mi profundo cariño.

Los saludos y ofrecimientos terminaron.

—¡Me ha conmovido el dolor de esa joven! Si Mario la hubiese visto, se hubiera arrojado á sus pies. ¡Pobre amigo mio! También él sufre por el desdén de Victorina. Después de todo, aunque ahora la haga llorar, si consigo curarla de ese amor, haré felices á los dos. A ella no le faltarán amantes por su hermosura, y Mario podrá unirse á Victorina. Porque Victorina le ama; no me cabe ninguna duda; le rechaza por delicadeza; pero si Cándida se casara con otro, Victorina aceptaría al *Apolo de su Parnaso*. Procuraré despertarle la vanidad á esta niña, y si aspira á coches y trenes dejará al poeta por pobre.

Tal vez consiga mi intento.

Las mujeres se consuelan muy pronto.

Yo no fío en la constancia de ninguna de ellas.

Así exclamaba el vizconde de la Plata.

VIII

Serían las tres de la tarde de un dia frío y nebuloso, cuando el vizconde volvió á visitar á la familia del barrio del Albaicín.

Cándida bordaba unos almohadones que le habían encargado con gran premura. Al ver al vizconde, su semblante adquirió una expresión jovial: sin conocerle le iba tomando un cariño sencillo, inocente, inequívoco. Al hallarse al lado del vizconde le parecía encontrarse más cerca de Mario.

—Cándida, usted trabaja demasiado y no puede producirle buen efecto; su salud se quebrantará.

—¡Yo se lo digo siempre! pero esta niña ha perdido la costumbre de salir á la calle; sólo lo hace para ir á misa, únicamente para ésto.

—Usted no debe consentir que se ataree tanto; el paseo es muy higiénico y distrae bastante. Ustedes hacen una vida muy sedentaria, ustedes vegetan anticipadamente.

—No tengo humor para nada desde que ha marchado Mario.

—Pues es preciso adquirirlo, Candidita; entregarse á la tristeza es un suicidio moral, y como suicidio, crimen. Debe usted sobreponerse á los adversos acontecimientos; debe usted hacer que el infortunio se estrelle contra su impavidez, que los tiros del fatalismo la hallen invulnerable.

—¡Ay, vizconde! ¡Cuán fácil es aconsejar y cuán difícil es poner en práctica esos consejos! Yo hago cuanto puedo, pero me siento sucumbir; no me abandono porque debo ser el apoyo de mi madre; pero si no tuviera el deber de conservar mi existencia para proteger la suya, me hubiera dejado arrastrar por el desfallecimiento.

—Todo menos arrojarse en el antro de la desesperación, Cándida. La fortuna es inconstante; cambiará y podrá usted disfrutar dias de paz y de ventura.

—Veo muy negro el mañana.

—Tal vez amanezca para usted risueño y nacarado.

—Hija mía, todo menos desconfiar de la Providencia.

—La fe me sostiene.

—Muchas veces lo que nos parece un mal es un beneficio del cielo.

—¿Que hará en estos momentos Mario, amigo vizconde?

—Ahora estará sentado al lado de la chimenea; cuando no estaba enfermo, pasaba estas horas de la tarde en la redacción.

—¿Y no se sabe qué es lo que le ha atacado á la vista?

—Se ignora por completo.

—¿No le observan los médicos?

—Sí, Cándida; mas hay enfermedades que la ciencia no conoce.

—¿Qué opinan ustedes, sanará pronto?

—Nadie sabe nada.

—¡Oh, Santa Lucía bendita! Si le devolveis la vista, os prometo usar traje de estameña negra durante un año.

—No haga usted votos que luego sienta verse obligada á cumplir.

—Mi mayor ventura sería poderme poner ese burdo hábito mañana mismo.

¡Oh! dígame usted, ¿le hablaba Mario con frecuencia de mí?

—Constantemente.

—¿Me quiere mucho? No le extrañen estas preguntas. Usted me inspira gran confianza, ilimitada; usted es el amigo más íntimo de Mario y le habrá dejado ver hasta los más recónditos pliegues del corazón.

—La quiere á usted muchísimo, por más que no se lo manifieste con mucho fuego. Nosotros somos más parcos en nuestras demostraciones; ustedes expresan sus afectos con mayor vehemencia.

Además, la ausencia siempre enfría un poquito.

—La ausencia podrá entibiar los sentimientos débiles, pero los grandes sentimientos jamás.

Recuerde usted aquella copla que dice:

«La ausencia es aire
que apaga el amor chico
y enciende el grande.»

—Por más que él no quiera la vida de salón que hace, tiene que distraerle un poco. Todo el mundo le aplaude, todos le alzan un pedestal; las damas solicitan sus miradas y es el hombre á la moda. Luego, la gloria tiene que embriagarle, es muy natural.

—La gloria—objetó doña María—puede llenar una cabeza, mas no un corazón. La gloria es un humo que atufa, que marea hasta á los grandes hombres.

—¡Dios mío, qué horrible desengaño! De las palabras de usted infiero que Mario no es el mismo que marchó de aquí, jurándome amor eterno. Ha cambiado de sentimientos y de ideas.

—No lo crea usted: yo sólo trato de presentar á ustedes las cosas como son. Nada de hipocresía; ¿quiere usted le diga que Mario hace una vida ascética y contemplativa? Esto no puede ser; usted conoce el carácter de su amante y comprenderá que si yo le presentara como un anacoreta, sería hacer de él una caricatura.

—¡Cuánto me queda que sufrir!

—No se forje usted ilusiones; esos genios no son á propósito para la vida íntima; esos hombres de gran inspiración no suelen ser buenos esposos. Les repugnan ciertas interioridades de la familia, sueñan las cosas como no son, y al tocar la realidad se desesperan y huyen de ella. La mujer que ha-

bían imaginado distinta á las demás la encuentran igual á las otras, y corren siempre en pos de un ideal que no alcanzan, abandonando á la mujer propia á la miseria y á la desesperación. Si tienen hijos no saben ser padres; muchas veces los pobres niños van á hacerles una tierna caricia y los rechazan porque les han quitado un consonante distrayéndoles con su gracioso balbuceo. Los deberes, las promesas, todo lo olvidan, todo lo posponen á un soneto.

—¡Qué pintura tan horrible!

—La verdad desnuda siempre es desconsoladora y repugnante.

—Hay una ventaja para que Mario sea buen esposo.

—¿Cuál es?

—Su religión sólida.

—Al temperamento no se le puede oponer la religión. Mario tiene un temperamento muy ardiente y faltará cien veces á su mujer á pesar de sus ideas religiosas; le faltará sin darse cuenta en un rapto de alucinación, y por desgracia serán frecuentes en él esos raptos.

Yo le quiero mucho, pero usted como débil mujer me interesa, impulsándome á decirle lo que su ceguedad de enamorada no le permite ver.

—Aunque Mario se extravíe alguna vez, volverá á mí.

—Dado el primer paso en la mala senda, los demás con facilidad se dan; por eso dicen los franceses: *Ce le premier pas qui coute.*

—No, este gran amor no puede ser desatendido.

—Yo no digo que Mario la olvide; mas en la situación en que se halla poco conveniente es ese amor para usted.

—¡Ah! ¿En el mundo de ustedes se mira el amor como conveniencia?

—Generalmente.

—No quiero conocer el mundo de ustedes, me hallo muy bien en el que habito, en éste el amor es un impulso siempre puro y noble que no podemos dominar. Y digo siempre puro, porque á las pasiones raquíticas nosotros no las llamamos amor.

—¿Cómo las apellidan ustedes?

—Vicios.

—¡Qué severidad!

—Siempre será poca tratándose de una cosa tan sagrada.

—Hoy no se le da al amor tan alta importancia. Hoy se llama amor el convenio que hacen una mujer y un hombre de unir sus intereses y vivir bajo el mismo techo como á cada uno se le antoja.

—Podrá ser antiguo y ridículo el respeto con que yo hablo del amor, mas le aseguro á usted que creería degradarme al cambiar de ideas.

—Yo respeto las apreciaciones de cada cual.

—¿Piensa Mario cual usted acerca del amor?

—No sé, no hemos hablado de ésto.

—Cuando partió de aquí, el amor era para él un ídolo al cual rendía respetuoso culto. Si las ideas avanzadas, si el progreso, como ustedes dicen, le ha hecho cambiar, reniego de ese progreso que mata las ilusiones, que envenena el alma, que corrompe el corazón y embrutece á la criatura.

Cándida durante este diálogo no parecía una mujer vulgar; tan cierto es que los grandes afectos hacen elocuentes á los séres de menos inteligencia.

—Es preciso buscar algún medio para saber de Mario, ya que él no puede escribir,—decia Cándida al vizconde.

—Hija mía, si te quiere, él lo hallará, á él le pertenece buscarlo.

—Pronto recibirán ustedes noticias; yo escribiré á un amigo mío encargándole que le visite y nos ponga al corriente de su estado.

—¡Cuánto se lo agradeceré á usted, vizconde!

—Eso no vale nada, Candidita.

—Qué buen amigo es usted.

—Me interesa mucho la juventud de usted y su belleza, conmoviéndome al mismo tiempo su triste situación.

—Gracias, vizconde; tal vez el cielo me facilite ocasión de pagarle ese cariño desinteresado.

—Porque la aprecio á usted me lamento de esa vida que hace; es doloroso que consuma usted su existencia entre cuatro paredes.

—Yo me encontraría muy satisfecha si Mario curase pronto de la enfermedad que le ha atacado á los ojos. Este triste hogar se convertiría para mí en paraíso si lo habitara él.

—Usted merece otro teatro para lucir su portentosa belleza; si usted fuera á París, ¡oh! allí sería usted admirada; allí causaría usted el asombro de los hombres más exigentes respecto á la belleza femenil; allí despertaría usted la envidia de las más encopetadas aristócratas.

—No tengo ambiciones ni me agradaría causar envidia; es más dulce ser amada, mucho más. Yo no poseo esos encantos de que usted me habla, pero aunque Dios me hubiera hecho hermosa, no querría conocer más mundo que Granada.

—Granada es bella para un mes: después de haber admirado sus monumentos históricos y sus bellezas artísticas, se aburre uno como en toda provincia.

—¿Dónde se encuentra un sol tan espléndido, un cielo tan puro y unas brisas tan perfumadas como en mi patria? Los extranjeros vienen aquí á recobrar la salud perdida; aquí tenemos aguas medicinales, flores, frutas exquisitas, arroyos, lagos, y sobre todo alegría, mucha alegría. Nuestros ruiseñores cantan mejor que las aves más canoras de otros países.

—Sí, ésto es bello para la vida campestre; pero esa vida no es buena para siempre. Es monótona la constante contemplación de la naturaleza.

—Los goces de la vida campestre son más dulces y verdaderos que los de la vida social. Nunca he amado la sociedad, pero desde que usted me la ha pintado con tan negros colores, la aborrezco.

—Sí, la sociedad es uno de aquellos circos antiguos en que unos hombres llamados *gladiadores* luchaban con las fieras más enbravecidas, recreando á los espectadores con sus bárbaros juegos. Todos nos destrozamos moralmente, y esta diversión no nos deja tiempo para aburrirnos. Como es tan general en ella herirse mutuamente, ya nos hacemos más insensibles á esos tiros que Mitrídates á los venenos. Todos llevamos antifaz y hacemos de la vida un alegre carnaval.

—¡Terrible carnaval!

—No lo crea usted, vivimos en perpetua broma.

—Esas bromas me parecen infames; además, yo no podría usar nunca antifaz ni ponerme coraza, y los tiros me destrozarían el alma.

—Se acostumbraría usted y concluirían por hacerle gracia, como nos pasa á todos.

—Soy una planta que moriría bajo otro clima.

(Continuará.)

EXPLICACIÓN DE LAS ILUSTRACIONES.

Blanca Llisó y Martinez.—Véase el artículo de la pág. 162.

Gral. José María Ramírez, Gobernador del Estado de Chiapas.—Para escribir la biografía de este distinguido oaxaqueño, necesitábase reproducir su hoja de servicios, que encierra una larga y meritoria carrera militar. No disponiendo de más espacio, nos limitaremos á dar breves apuntes. Nació en la Villa de Ejutla, del Estado de Oaxaca, el 8 de Agosto de 1827. Sus padres, Juan María Ramírez y María Toribia Cruz, de fortuna muy escasa, pero de honradez acrisolada, desde muy niño lo destinaban á la carrera eclesiástica, que era entonces la más aceptada entre todas las clases sociales; y la habría seguido nuestro biografiado á no ser porque, huérfano de padre á los siete años de edad, la viuda no pudo contar con recursos suficientes para sostenerlo en un colegio. Así es que concluida su educación primaria, el joven Ramírez se dedicó al comercio de tránsito hasta los veinte años, época en que invadida la Nación por los norteamericanos, se alistó voluntariamente en un regimiento formado en aquella Villa, regimiento que por diversas circunstancias no salió á campaña. Se denominó «2º de Crespo,» y habiendo sido disuelto al poco tiempo, el joven Ramírez volvió á las ocupaciones de la vida privada, hasta el 6 de Mayo de 1852, que comenzó nuevamente su carrera militar. Desde entonces acá no ha dejado de cumplir ni un momento con su deber, prestando importantes servicios á la República, y habiendo obtenido distintos diplomas y cruces por acciones de guerra. El Gral. Ramírez es hoy gobernador del Estado de Chiapas, para el cual ha procurado todos los adelantos posibles, dando preferencia á la instrucción pública.

Bandeja antigua de porcelana.—Esta loza fina y transparente, clara y lustrosa, se inventó en la China, habiéndose imitado en varios países de Europa. Las artes se han servido mucho de ella para diversas aplicaciones; cuando ha pasado sobre ella el pincel de algún gran pintor, ha adquirido valor inconmensurable; en las épocas de Francisco I, Luis XIV y XV, dióse gran importancia á las bandejas y platos de porcelana, donde los más famosos artistas reproducían la efigie de las favoritas de estos reyes.

Isla de Cuba. Escuelas Pias de Guanabacoa.—Al glorioso español José de Calasanz, apóstol de la niñez y doctor de la juventud, según le llamaron sus contemporáneos, débese la fundación del primer colegio de las Escuelas Pías, creado en Roma en 1597. Hemos visitado el magnífico Establecimiento, cuya vista reproducimos en nuestro grabado, y nos han sorprendido los notables progresos que de dia en dia se han ido acumulando en dicho colegio. El sistema de enseñanza es perfecto, disponiendo de todos los útiles más modernos y poseyendo museos bastante completos de Física é Historia Natural. El edificio se halla rodeado de jardines bajo el suave clima de Guanabacoa, población enlazada con la capital por ferrocarril, y fué fundado en 1857, siendo Capitán General de Cuba D. José de la Concha y General de la Orden el Reverendo Padre Jacinto Feliú, antiguo profesor de Matemáticas del Colegio Militar de Segovia, y una de las personas más ilustradas del clero español.